

Toda la correspondencia al Director.
Precios de anuncios, según tarifa.
Prohibida la reproducción de originales excepto consignándose su procedencia. No se devuelven éstos, ni se mantiene correspondencia acerca de los mismos.
Redacción y Administración: San Agustín, 1.—Teléfono, 3
APARCE LOS SÁBADOS
Administrador: Mariano J. Hernández.
Suscripciones: Un mes, 0'50 ptas.—Un año, 5 pesetas

La Tierra Hidalga

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

Literatura, Ciencias, Arte, Crítica, Informaciones

AÑO I-NUM. 36

NUMERO SUELTO: DIEZ CENTMOS

Director: MANUEL CAMACHO BENEYTEZ

ALMAGRO 24 NOVIEMBRE DE 1923

Redactor Jefe: DAVID RAYO

LA INQUIETUD LUMINOSA

HIMNO REBELDE

La inteligencia implica originalidad; y la originalidad es rebeldía. Cuanto más inteligente sea un hombre más rebelde será; es decir, menos conformista, menos aceptador de lo ya hecho, de lo ya pensado, de lo ya sentido...

FEYJÓO.

¡Rebelde...! En el caudal de todos los léxicos conocidos y por conocer no existirá, no podrá jamás existir, una palabra más sugeridora, más bella, más pródiga en pujantes lozanías, en luminosas sugerencias, en floridos estremecimientos de alma, en arrogancias mágicas, en vibrantes anhelos, en hondas plenitudes viriles, en esencia de médula, en altiveces de dorada excel-situd, en ansiedad, en nervio, en brillantez, que esa palabra cálida, robusta, ardorosa, indócil a la mansedumbre, que es estigma, y al servilismo que es humillación.

Se salen de la pluma, saltan impacientes de la pluma, los versos del poeta:

Es servil, despreciable y vergonzosa,
la rastrera y perruna mansedumbre
del que besa la mano que le esposa...

No hay nada comparable al impulso ascensional del pensamiento hacia la nebulosa quimérica de un delirio de emancipaciones eternas y supremas, hacia las aéreas cimas de una interrogación llena de esplendores y de ensueños, hacia las dilatadas regiones donde el espíritu todo lo vislumbra bajo un prisma radiante de fortalezas vírgenes... Aquellos que tan sólo cuidan de no quebrantar al viejo nexo de las interrogaciones del pasado, de lo que mezquinamente ostenta, con pereza de inválido, el carromato bamboleante del pasado, no pueden conocer el ritmo augusto de los nobles vuelos, de las nobles audacias... Son como los embotados, eslavos, de opacidad de nube...! ¡Son los irresolutos, los adaptados, los sometidos, los que no conocen el placer de abrirse paso entre las marañas del camino...! ¡Marchitas almas en escombros...! ¡Haces de fibras muertas...!

La rebeldía es un signo de vida; es la vida misma; es la lucha en tensión; es el músculo acerado con brío en un glorioso ademán de independencia, de propia estimación, de recio orgullo. Es un movimiento de profunda repugnancia, de infinito desdén, ante todo lo injusto, lo feo, lo falso o lo mezquino. Bajo la bandera de la rebeldía se incubaron siempre los mayores progresos, las más altas empresas; bajo la bandera de la rebeldía se libró el mundo muchas veces de convertirse en una indigna manada de borregos, sumisa a todas las tiranías del pastor, a todas las ambiciones del Cretino... El cuadro alegórico de la rebeldía—gentileza, desenfado, gracia, idealidad—pudiera plasmarse exactamente, para las muchedumbres ignoras sobre todo, que no perciben sino la línea de las cosas, no el fondo, en una de aquellas manolas magistrales, airoas y bellísimas, que Goya inmortalizó sobre el lienzo con la suprema magia de su arte inimitable.

Sin el instinto de la rebeldía, jamás la Humanidad se hubiese dignificado así misma, jamás las generaciones preteritas hubiesen roto la cadena de sus bárbaros designios. Todos los redentores que han cruzado la tierra comulgaron en un credo de pelea contra las preocupaciones de una época; todos, todos sintieron «una sensación de hostilidad hacia un determinado ambiente»—según la justa expresión de Bernstein—en cuya «sensación» se encarna el más hondo motivo de ese impulso rebelde. ¿Qué otra cosa fué, sino rebeldía constante e inflamada, la fiebre inquietadora del Quijote...? ¿Qué otra cosa fué, sino rebeldía contra el error o la infamia, el empuje demolidor de los nuevos sistemas filosóficos...? ¿Qué otra cosa fueron, sino sagradas rebeldías, las predicaciones evangélicas de Cristo...?

No es preciso llegar al snobismo dislocado que Marinetti nos ofrece, para templar el corazón sobre el divino yun-

que de los sacudimientos altivos. Hay en la concepción de Marinetti demasiado fuego pasional, demasiada ceguera de vértigo... No reside en el juego funambulesco de sus paradojas sistemáticas, el móvil de la rebeldía que nosotros proclamamos como un timbre de honor para el cerebro, y para el campo inmenso del espíritu en todas sus amplias extensiones; reside en un perpetuo afán de análisis equilibrado y firme, desgarrante y movable, agudo e incansable, sin fantasías engañosas ni vanas apariencias de oropel. Tan estrecha virtud es la de guardar silencio de las cosas dignas de no callarse, como la de no guardarlo de las dignas de respeto. Pero de todos modos, cualesquiera que sea el rumbo en que la rebeldía se muestre, tendrá siempre el entusiasmo fervoroso de los temperamentos de bronce, de los corazones desmandados de la reata humana... Nadie, mejor que el vate colosal de «El libro de Job» y de «Rapsodias» ha sabido esculpir en una estrofa la canción grandiosa y espléndida de las rebeldes energías:

¡La vida libre para los bravos...!
Si ves a un hombre preso en sus penas,
es porque tiene sangre de esclavos
¡y ama el recuerdo de sus cadenas...!

Ahora mismo, en el presente momento de la política española, tenemos un caso loable de gallarda rebeldía. Al consignar esta loa no seremos sospechosos; la marcada tendencia en que LA TIERRA HIDALGA viene pronunciando, desde su nacimiento, la suspicaz vileza de cualquier comentarista tendencioso. Podrán ser discutidas, susceptibles de interpretaciones diversas, oportunas, razonables o absurdas, las consecuencias, actuaciones o «maneras» de la política que hoy rige; pero la forma de su advenimiento, el rasgo de su resuelta iniciación, el ansia del salto en lo imprevisible, no podemos negar, ni negaremos, que tiene y tendrá nuestros amores...

Hoy, que se nota en todas las manifestaciones de la vida una indecisión que es producto de tantas bochornosas timideces, de tantas vergonzosas ignorancias, de tantos depresivos prejuicios; hoy, que preside todas las acciones sociales, un sentido paco de taimadas cautelas, de desconfiados movimientos y de atisbos ceñidos; hoy, que a la flaqueza se llama sensatez y a la cobardía prudencia, hemos querido grabar en estas páginas el trémulo y esmaltado esbozo de un himno rebelde... De un himno de notas trepidantes, claras, ágiles, inquietas, espaciadas en entonaciones sonoras, limpias... De un himno impenitente de fecundos latidos temblorosos por la consecución magnífica de un reinado de belleza y de arte, de bondad y de amor, en todas las latitudes de los humanos sentimientos... De un himno de exaltaciones inmortales, en discrepancia abierta y terminante con esa triste caravana de gentes timoratas que gustan mantener el falso equivoco de que se cogen la conciencia con papelito de fumar y de que les molesta oír una voz más alta que otra, sin perjuicio de mancharnos, al más leve descuido, con las salpicaduras asqueantes de su baba ponzoñosa, de su rastrera saña envilecida y canallesca... De un himno, en fin, extensivo a todos, que todos comprendiesen y todos entonasen, para que de él pudiera afirmarse lo que escribió Horacio acerca de la muerte: «lo mismo penetra en las cabañas que invade los palacios».

¡Queda «lanzado» nuestro himno rebelde...! ¡Queda trazada la firme trayectoria de la más luminosa inquietud!

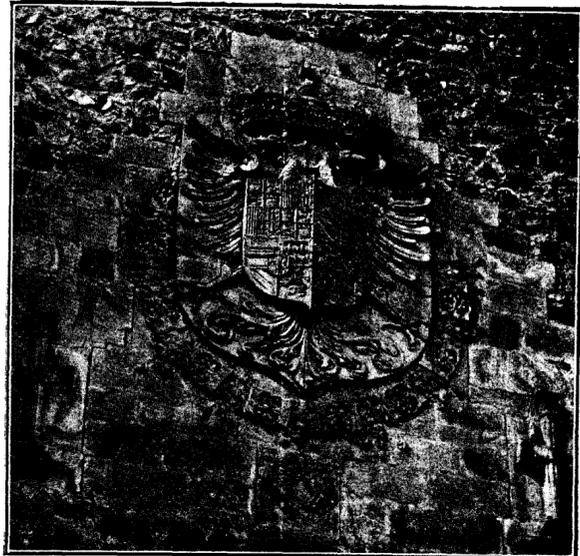
Manuel Camacho Beneytez

LOS PRIMORES DEL CINCEL

De la antigua Universidad de Almagro

La Universidad de Almagro, instalada en el edificio llamado de Santo Domingo, por haberse construido para Orden de Predicadores de este nombre, fué fundada, igual que dicho Monasterio, y bajo la advocación de la Virgen del Rosario, por el claustral Fernando Fernández de Córdoba y Mendoza, Presidente del Consejo de las Ordenes de Calatrava, descendiente de los Condes de Cabra y de los Duques del Infantado, fallecido en 30 de Marzo de 1550, y enterrado en la Capilla Mayor del Monasterio. Concedido por el Papa Julio III, el Breve para la creación de la Universidad, otorgó el Emperador Carlos V licencia para su fundación a los herederos fideicomisarios de Fernández de Córdoba, Don Iñigo de Ayala y Frey Juan Cabeza de Baca. Los Estatutos por que había de regirse el Colegio-Universidad de Almagro, se publicaron en esta ciudad el día 22 de Junio de 1553, y la inauguración tuvo efecto en 1574, extinguiéndose en sus Cátedras, Filosofía, Teología, Cánones, Letras, Artes, y confiriéndose grados de Bachilleres, Licenciados, Maestros y Doctores.

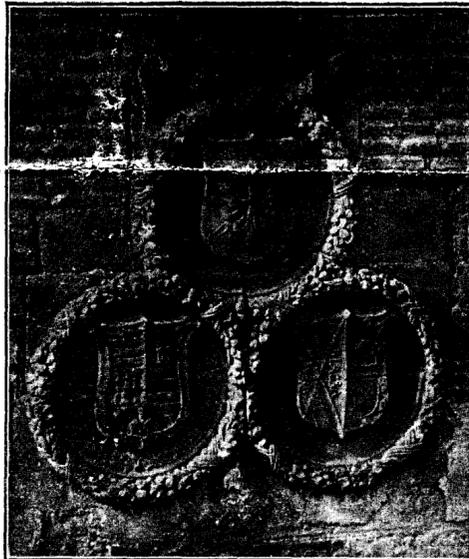
El Marqués de Caballero, por decreto de 5 de Julio de 1807, suprimió la Universidad almagreña, que una vez terminada la guerra de la Independencia, accedió Fernando VII a la solicitud de rehabilitarla para continuar la Enseñanza, por Decreto de 17 de Junio de 1816. La Universidad murió de hecho al publicarse el Decreto de las Cortes de 1.º



(Fot. Sánchez)

de Octubre de 1820 suprimiendo las Comunidades de las Ordenes Monacales, así como los Colegios de las Cuatro Ordenes Militares. Al crearse las Universidades de provincia, la Dirección General de Estudios ofició al Jefe Político de Ciudad Real, en 1822, indicándole expresase al pueblo en que debía establecerse la Universidad, y el consultado replicó designando como más apropiada que ninguna otra la Ciudad de Almagro, que en su concepto debía ser la Capital de la provincia, por ser este «el medio más seguro para hacer más ilustrada y liberal una población que acaso deberá la preocupación y fanatismo de sus moradores al gótico y ultramontano Colegio-Universidad de Dominicos, que hasta aquí fué lo bueno y lo exclusivo...» No obstante Almagro, por el cambio del régimen político, quedó sin la Universidad vieja y sin la nueva en proyecto, cerrando definitivamente sus puertas el Plan de Estudios de Calomarde de 14 de Octubre de 1824, y encontrándose hoy el edificio, que tanto brilló en aquellas épocas, destinado a los prosaicos menesteres de fabricación de aceite y casa de labor agrícola, que una «filosófica» cigüeña suele presenciar con, la clásica pata plegada en un encogimiento grotesco, desde lo alto de la ruinosa torre...

Al ocuparnos hoy, en una ligerísima reseña, de la Universidad de Almagro, no podemos dejar de reproducir estos bien cincelados escudos que aún se ostentan en la parte exterior de los fuertes sillares del antiguo centro de cultura, que constituyen un primor labrado en piedra, sujetos a las tradicionales reglas de la heráldica, y evocativo del poder ilimitado de los Césares medioevales, simbolizado en los blasones honoríficos de esos escudos mágicos, recamados de cruces, de insignias, de timbres de gloria y de garras de águila, significativo todo ello de honores, de lauros, de majestades y de triunfos ¡ya sepultados para siempre en la profunda cripta de las edades muertas...!



(Fot. Sánchez)

PAJARITAS DE PAPEL

LA CAPA

Prenda castiza y galana en mala hora preterida, que en la hidalga tierra hispana fuiste reina y soberana, y hoy vas «de capa caída».

Gentileza y gallardía hace falta para usarte cual cumple a tu nombradía, porque es preciso llevarte con mucha «marchoseria».

No es que a mí me quite el sueño, que la gente muestre empeño en mirarte de soslayo, porque «cada cual es dueño de hacer de su capa un sayo»;

pero si me causa enfado, que este indumento gracioso se vea menospreciado por el «gesto» vanidoso del gabán «entrabillado».

Van jalonando la historia de su rancia ejecutoria los D. Luises y D. Juanes, esclarecidos galanes de ilustre extirpe amatoria.

Rendida y apasionada, de sus pliegues al calor, más de una bella «tapada», sucumbió, en una emboscada que le preparó el Amor

Un gobernante enfatuado cambiarla quiso, y airado por tan burdo cambalache, protestó el pueblo indignado en el «motín de Esquilache».

Lució con altivos fueros en los días jaraneros de la reina María Luisa, como blasón y divisa de «manolas y chisperos».

Y el noble como el pilluelo, al ver de una hembra la cara tan bonita como el cielo, tiraba su capa al suelo para que ella la pisara.

Siendo su consagración, como inapreciable joya, debida a la inspiración del «brujo pincel de Goya» y el estro de Don Ramón.

También su traza garrida la vemos reproducida, con tribunicio ademán en una estatua erigida a Mendizábal (Don Juan).

Tienen engarce troncal con esta prenda juncal, el estudiantil manto, la egregia capa pluvial y el «capote de paseos».

En estos tiempos de avara codicia y fiero pillaje, y escasez de «pastizara» en los que, el hacerse un traje cuesta un ojo de la cara,

tiene esta prenda chulapa un uso muy indicado, por que si una buena capa dicen que todo lo tapa, tapará el traje averiado.

Aunque esta «estimada prenda», airosa, sencilla y bella, cuadra mal con mi «fachenda», tengo que servirme de ella siempre que escribir pretenda,

pues para no ver tachadas mis frases más ingeniosas por censuras despiadadas, tendré que decir las cosas con palabras «embozadas».

No te sorprendas lector si ves con capa a un señor que una «papalina» atrapa, que bajo una «mala capa» se oculta un buen bebedor».

Aquel que se dé el postín de pasar por paladín de la caridad, le digo: Dá media capa a un mendigo, igual que hizo San Martín,

y me responderá altivo, que al más lerdo no se escapa, que el santo caritativo ha de ser, por tal motivo, un santo de «media capa».

TOMÁS ALMODOVAR.

YERBA